

ALBERTO VILLARREAL

NADA
NUNCA
TERMINA,
PERO HAY
QUE DECIR
ADIÓS

ALBERTO VILLARREAL

NADA
NUNCA
TERMINA,
PERO HAY
QUE DECIR
ADIÓS

ÍNDICE

El consejo amoroso	14
Declarar toda la pasión	20
El tiempo es otra mentira	28
Todo lo que hacía	34
El amor existe, pero no es real	44
El enamoramiento termina y no nace el amor	50
Siempre mutilados, nunca completos	60
La carencia y el deseo	68
La disminución del amor	78
Terapia de dos	86
Lo que antes no veía	92
Ya no te amo, ya no	98
Irse con dignidad	106
El cuerpo duele	114
Los celos también son miedo	122
Entender me hace enojar	130
El reencuentro inesperado	136

Los lugares me hacen recordar	142
El amor es un poema	150
La pregunta histórica	158
La amistad y el amor	166
Recuerda, la ficción es una mentira	174
El aniversario de la muerte del amante	182
Se vuelve algo tibio	190
La pesadilla recurrente	196
Veo en ti aquello que me erotiza	204
Volver a enamorarse	210
Ha vuelto la pesadilla	218
El discurso para volver a creer	222
¿Qué es el amor? ¿Alguien lo sabe?	228

EL CONSEJO

AMOROSO

Estoy maldito: no puedo escribir desde casa, tengo que salir a buscar un rinconcito que pueda compartir con extraños. Es fácil encontrarme en algún café de Monterrey o de Ciudad de México; en un lugar cerrado y climatizado, si estoy en mi ciudad, o en un espacio al aire libre, siempre cerca de un tomacorriente, si estoy en la capital.

Cuando escribo, la mayor parte del tiempo no estoy escribiendo sino contemplando el pasar de la gente y las conversaciones ajenas en espera de una chispa que detone la inspiración que me ayude a escribir una línea o un párrafo si es que estoy de suerte. A veces sucede que alguien me reconoce y se acerca a pedirme una foto o a decirme que leyó alguno de mis libros, me comparte que también le gusta escribir y aprovecha para pedirme algún consejo para publicar sus historias. Entonces

le comparto cómo logré que publicaran mi primera novela, le ofrezco alternativas y trato de animarle a que no abandone sus sueños.

No es muy difícil hablar de libros, llevo haciéndolo desde hace mucho tiempo, el problema viene cuando me piden consejos de amor. También llevo muchos años enamorado, sin embargo no podría asegurar que soy un experto en relaciones de pareja... tal vez en desamor, mi carrera como escritor lo respalda.

Una chica se sentó a mi lado, me miró una vez, dos veces, dijo que me conocía. Le sonreí para que me dijera si estudiamos juntos en la secundaria (porque siempre olvido a casi todas las personas), si me había visto en internet o leído mis libros, pero no, esa tarde no me contó, aunque deduje de dónde me conocía. «Me gusta un chico...», dijo. Abrí los ojos sorprendido a pesar de que sabía lo que vendría. Lo vivo en casi todas las ferias del libro a las que voy: necesitaba un consejo de amor. Todavía no escucho la historia, no obstante, en mi cabeza ya están pasando todas las frases que he leído, todos los regaños que he escuchado de boca de mis amigos, los cientos de soliloquios que he tenido. Todo



de lo que pueda echar mano para dar un buen consejo: «... y no sé qué hacer», continuó la chica. Y yo, que estoy dispuesto a casi todo con tal de procrastinar, le pedí que me contara su historia.

Abril está enamorada de Isaías, trabajan juntos en una empresa de bebidas, todas las noches, justo antes de acostarse, se mandan mensajes y una foto. Llevan así cuatro semanas y Abril no entiende lo que él busca de ella. «¿Por qué no le preguntas qué siente por ti?», sugerí. La mirada que me lanzó hizo que me arrepintiera al instante.

Hace tiempo dejé los juegos de seducción y me volví muy directo: si me gustas, lo sabrás, no quiero perder el tiempo ni el sueño cuestionándome lo que sientes por mí, aunque admito que ser tan directo no siempre es bueno. Cuando estaba soltero le escribí a alguien para invitarlo a cenar sin haber tenido ninguna conversación previa: nunca me respondió. Lo merezco, necesito ser directo, pero paciente. «Pensé que serías mejor dando consejos», replicó Abril. Me ofendí. Nunca quise dar consejos de amor, ¿han leído mis libros? ¿Qué les hace pensar que puedo ayudarles? No los entiendo.

Si usamos este libro para hablar de nuestras experiencias, quizá podremos descubrir algo. Solo necesitamos una o dos certezas para seguir creyendo en el amor.

**DECLARAR
TODA**

LA PASIÓN



¿Qué debemos hacer cuando nos gusta alguien? Probablemente es la pregunta que más he escuchado, no solo en las presentaciones de libros, también en mi grupo de amigos; cada dos semanas alguien llega en busca de ayuda. ¿Qué hago? ¿Qué le digo? ¿Debería ignorarlo? ¿Debería decirle que me gusta? No podemos permitirnos el bloqueo expresivo, debemos decir te amo, te quiero, me gustas, me atraes. En El discurso amoroso, Roland Barthes dice que el enamorado no se pregunta si debe declarar su amor sino en qué medida debe ocultar la intensidad de su pasión. Es decir: te mostraré que me gustas aunque no sé cuánto te dejaré ver. Esto nos sigue dejando dos caminos principales: 1) Te mostraré todo el amor

Durante mucho tiempo me pareció que afirmar que los libros o la literatura tenían el poder de salvarnos era una exageración. No una mentira, pero sí un enaltecer, un dramatizar. Soy lo contrario a un exagerado, soy un apaciguador en todo menos en el amor. Hay personas que creen que sigo sintiendo algo por el primer hombre del que me enamoré, esto dejó de ser cierto hace muchísimos años, pero mi capacidad de enaltecer el dolor romántico me sobrepasa. El Discurso Amoroso de Barthes, puedo decirlo sin exagerar, me salvó.





que te tengo y quizá tu narcisismo apruebe esa declaración de pasión. 2) No te declaro toda la pasión porque podría asfixiarte, contengo mis pasiones para no abrumarte. Tomo en cuenta tus deseos, aun cuando no tengo claro cuáles son. Avanzo lentamente.

Para mí, la respuesta a la pregunta «¿Debería decirle que me gusta?» siempre es sí. Tenemos muchas maneras para decirle a alguien que nos atrae. Podemos verbalizarlo directamente, o iniciar y mantener conversaciones diarias, ser más discretos y echar mano de las redes sociales, etcétera. Es difícil elegir entre dos caminos, yo he caminado ambos y me han funcionado. He tenido la relación que inicia casi al instante, la de los *te amo* apresurados y la de vivir juntos a las dos semanas de conocerlos. La relación que inició mostrando toda la pasión ha sido mi relación más larga. También he tenido otras, las que empiezan lento, las que se guardan el *te amo* un poco más de tiempo para no asustar, las que se llevan metiendo un poco más la cabeza y controlando lo que quiere el corazón.

Me considero una persona camaleónica en mis relaciones, mis grupos de amigos son variados y diferentes entre sí, sé adaptarme y pasarla bien con todos, no tengo un tipo

de persona. Tal vez por eso no me aburren ni me frustran las relaciones que avanzan lento, pero tampoco me espantan ni me asfixian las declaraciones de pasión.



Una vez alguien me hizo una canción reuniendo algunos poemas de uno de mis libros; la recibí cuando aterricé en Monterrey después de un viaje con mis amigos. Al escucharla me emocioné tanto que fui pasando los audífonos para que todos registraran aquella muestra de pasión. No les quité los ojos de encima, las personas que yo reconocía como amorosos se veían flechados, como si aquel gesto fuera también una caricia hacia ellos. El resto del grupo, los que se empalagan fácil, me miraban como asustados, abrumados, veían ese regalo como una muestra de intensidad. Los entiendo porque esa canción llegó después de la segunda cita. Entonces, ¿qué hacer cuando nos gusta alguien? Siempre hay que decirlo y mostrarlo. ¿Con cuánta intensidad? Tendremos que ver a qué grupo pertenece el otro, ¿al de los amorosos o los que se empalagan? A mí me funcionan los dos, sin embargo debo confesar que esta frase de Oscar Wilde resuena mucho conmigo: «Alguien se ha matado por amor por ti. Me gustaría haber tenido alguna vez una



Leí El retrato de Dorian Gray porque alguien me dijo que el protagonista se parece un poco a mí. No estoy de acuerdo, quizá solo en el sentir de la frase que comparto y en las tendencias homosexuales.

experiencia semejante. Me habría hecho enamorarme del amor para el resto de mi vida». ¿Serán mis rasgos narcisistas? ¿Será porqué soy leo? ¿O es que todos queremos que nos amen?



¡Hola, Alberto!

No te escribí antes porque no sabía si te interesaría o si leerías este correo, pero creo que vale la pena intentarlo. Nos conocimos hace dos meses en un café cerca del obispado. Te conté sobre el chavo que me gusta y me animaste a que le confesara mis sentimientos. Tardé unos días y al final no pude seguir con la incertidumbre, necesitaba saber qué sentía por mí así que se lo pregunté directamente. Me dijo que pensaba en mí todo el tiempo aunque moría de miedo y no se atrevía a dar el primer paso. Ahora somos novios. Creo que al final de cuentas no eres tan malo dando consejos de amor. Gracias por escucharme. Sé que te gustan las bodas así que desde ya estás invitado a la nuestra.

Con cariño,

Abril